781

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA

EL ARCA DE NOE

PROBLEMA CÓMICO-LÍRICO SOCIAL

EN UN ACTO Y DOS CUADROS EN VERSO

LETRA DE LOS SEÑORES

PRIETO Y RUESGA

MÚSICA DEL

MAESTRO CHUECA

SEGUNDA EDICION

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1891

EL ARCA DE NOE

EL ARCA DE NOÉ

PROBLEMA CÓMICO-LÍRICO SOCIAL

EN UN ACTO Y DOS CUADROS, EN VERSO

LETRA DE LOS SEÑORES

PRIETO Y RUESGA

MÚSICA DEL

MAESTRO CHUECA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA ZARZUELA
el día 26 de Febrero de 1890

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES	ACTORES
PEPITA	Srta. Alba (L.)
DOÑA TOMASA	Sra. Toda.
UN CABALLERO DE INDUSTRIA	» Folgado.
EL DOCTOR NOÉ	Sr. Jimeno.
UN CESANTE	» Ferrándiz.
PEPITO / EL BOCERAS	» Mesejo (E.)
EL BORNIS	» Mesejo (J.)
UN ARAGONÉS	» Cerbón.
UN VALENCIANO	» Sierra.
CHINCHÓN	» Niño Pardo.

Coro general.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

TITULO DE LOS CUADROS

CUADRO 1.º—¡**El Caos**!

CUADRO 2.º—**La Luz.**

674107

NOTA IMPORTANTE

En los teatros de las poblaciones donde no haya facilidades para el decorado, puede simplificarse éste dejándolo al buen criterio de los directores de escena.

Durante el sueño del Doctor Noé, la orquesta describe la situación por medio del preludio, pudiendo prescindirse de la alegoría que marca el ejemplar.

Igualmente puede prescindirse de todas las que indica el parlamento descriptivo del final de la obra, menos de la última, ó sea *La Alegoría del barco del Progreso y salida del arco iris.*

Las decoraciones para el estreno de esta obra han sido pintadas por el reputado escenógrafo D. Amalio Fernández.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

¡EL CAOS!

Estudio del Doctor Noé. Á la izquierda, en primer término, una puerta practicable. En segundo, una ventana cerrada. A la derecha, en primer término, otra puerta. Armarios con libros é instrumentos de física y química. Á la derecha, en segundo término, una mesa de despacho y sobre ella un candelero con un cabo de vela encendido. Papeles, libros y escribanía. Al lado de la mesa un sillón en el que aparece sentado el Doctor.

ESCENA PRIMERA

EL DOCTOR, escribiendo.

Ya casi toco al fin, ya falta poco.
El premio de mi afán veré cumplido;
y aunque me crean loco
y al mundo en general mi audacia asombre,
cuando mi libro sea conocido
y ya consiga un nombre,
con mi arca de Noé, potente rayo,

la gloria eclipsaré de mi tocayo.
Como Noé, sin látigo ni voces,
con las bestias feroces
hermanó la gacela y el cordero,
así hermanar yo quiero,
en esta desdichada y triste tierra,
abatiendo del fuerte la arrogancia,
la Rusia y la Inglaterra,
España y Portugal, Prusia con Francia.
Los tímidos corderos con los lobos,
los hombres ambiciosos con los probos:
y de mil á despecho,
veremos admirados
y en uno solamente fusionados,
á Pí con Castelar en lazo estrecho,
á Sagasta y á Martos abrazados.
Esto digo en mi anuncio, y con efecto,
yo cumplirlo sabré como hombre recto.
Del caos porque á tientas vamos todos,
la luz haré que brote en plazo breve;
y pues nadie se atreve,
yo dominar sabré de varios modos
del hombre las pasiones,
á fuerza de argumentos y razones.

(Pequeña pausa. La orquesta empieza á tocar piano.)

¡Pero me rinde á mi pesar el sueño!
¡Me abandona la luz! ¡Arde mi frente!
¡Y en vano en escribir cifro mi empeño!
¡El caos es inminente!

(Reclina la cabeza sobre el manuscrito y queda dormido. El cabo del candelero se apaga, y queda la sala y el escenario completamente á obscuras el tiempo preciso para subir el telón del fondo. Vuelve á darse luz; se ven grandes grupos da nubes, por entre las cuales saltan algunos genios. De pronto una nebulosa de vapor cubre todo el fondo, tomando distintos colores. Un gran acorde en la orquesta, é instantáneamente la niebla se disipa, apareciendo una inmensa ciudad incendiada y derrumbándose. Se ve cruzar por la escena en distintas direcciones hombres y mujeres del pueblo

con teas encendidas. Se oye el toque de campanas, las cornetas tocando á saqueo. Gran confusión y gritería. Luégo, á medida que la orquesta va apianando, las campanas cesan de tocar, la gente de cruzar la escena, las llamas se extinguen y queda la ciudad en un montón de ruínas humeantes. Termina el preludio y con el último acorde se vuelve á quedar todo á obscuras, hasta que sale doña Tomasa y abre la ventana del estudio por donde penetra la luz del día.)

ESCENA II

EL DOCTOR y DOÑA TOMASA

TOMASA. Buenos días.
DOCTOR. ¡Eh! ¿quién viene
á interrumpir mi trabajo? (Despertando.)
TOMASA. Soy yo, señor.
DOCTOR. ¿Qué la ocurre?
TOMASA. Como hallé á obscuras el cuarto,
pensé que más que escribiendo
estaría usted roncando.
DOCTOR. Es verdad, vacilé un punto;
la luz me faltó, y el caos
se apoderó de mi mente,
¡Qué horrible noche! ¡Qué espanto!
¡Todo era muerte, exterminio,
luto, confusión y estragos!
¡Pobre humanidad!
TOMASA. Señor,
por Dios y todos los santos,
déjese usted de visiones
y de pasar malos ratos,
no vaya á caer enfermo
el día menos pensado
y me quede en este mundo
sola, vieja y sin amparo.
DOCTOR. ¿Y qué me importa la vida,
si después de muerto alcanzo
la gloria?
TOMASA. ¿Después de muerto?

Justo, la cebada al rabo.
Pero á mí me importa mucho;
ue por usted he pasado
mi más bella juventud,
sin ser monja en este claustro.

DOCTOR. ¡Doña Tomasa!

TOMASA. Lo dicho;
lo que hace usté es inhumano;
que por cuidar de lo ageno
de lo suyo no hace caso.

DOCTOR. ¡Todo por la humanidad!...

TOMASA. ¡Qué humanidad ni qué rábanos!...

DOCTOR. Ella tan sola es mi anhelo
y á ella entera me consagro.

TOMASA. Sí, conságrese usté á ella,
que ella le dará á usted el pago.

DOCTOR. Muy pronto, doña Tomasa,
darán fin nuestros quebrantos.

TOMASA. ¿Le van á hacer concejal?

DOCTOR. Eso es poco para un sabio.
Cuando publique este libro,
irá mi fama volando
por doquiera, y en España
seré el hombre necesario.

TOMASA. Si tan largo me lo fía...
señor, medrados estamos.
Porque, como dice el cuento,
para cuando llegue el plazo,
á usted, al libro ó á mí,
ya nos habrán enterrado.

DOCTOR. ¡Hoy daré mi conferencia,
punto por punto explicando
mis teorías sociales,
y con mi método práctico,
probaré hasta la evidencia,
como dos y dos son cuatro,
que el hombre debe ser libre,
que el hombre debe ser sabio,
que el mundo es una familia,
que todos somos hermanos
y que debe ser la Tierra
un Paraíso encantado!

TOMASA. ¡Dios mío! ¡Se ha vuelto loco!
DOCTOR. ¿Loco dice? ¡No lo extraño!
Ya es la hora convenida;
vaya á ver si van llegando
comisiones é individuos
á quienes tengo citados.
TOMASA. ¡Esta es otra! ¿Conque ahora
va á ver jaleo de largo?
DOCTOR. He anunciado en los periódicos
mi conferencia, invitando
á todos los que padezcan
las injusticias y agravios
de esta vieja sociedad;
y como eso abunda tanto,
habrá una gran concurrencia.
TOMASA. Y una gran lluvia de palos.
DOCTOR. ¡No permito reticencias!
¡Cumpla usté lo que la mando! (Amostazado.)
TOMASA. Lindo modo de probar
que todos somos hermanos.
¡Para el tonto que lo crea!
DOCTOR. ¡Doña Tomasa ó don diablo!
TOMASA. Voy, señor, no se sulfure...
(Está visto que los sabios
son buenos para leídos,
pero no para tratados.) (Vase.)

ESCENA III

EL DOCTOR; luégo un CESANTE

DOCTOR. ¡Loco! La vulgaridad
eso dice y no me extraña,
pues los sabios en España
viven por casualidad.
CES. ¿El señor Doctor Noé? (Desde la puerta.)
DOCTOR. Servidor.
CES. Celebro hallarle. (Pasando.)
DOCTOR. Usté dirá.
CES. Vengo á hablarle
de lo que ya sabe usté.
DOCTOR. ¿Leyó mi anuncio?
CES. ¡Pues no!

Su idea es humanitaria,
salvadora y necesaria,
por eso aquí vengo yo.
Quiere, cual otro Patriarca,
salvar á la sociedad
de la horrible tempestad
que la amenaza, y un arca
pone á la disposición
de todo el que la merezca
y del que, cual yo, padezca
del mundo la sin razón.
Pues bien, quiero desde ahora,
si usted no lo toma á mal,
ser el primer animal
que entre en su arca salvadora.
Hasta le puedo ofrecer
ya que á aquélla se asemeja,
para formar la pareja
consabida, á mi mujer.
No lo hago así con mis suegros,
pues son de instintos feroces,
y á maldiciones y voces
nos iban á poner negros.

DOCTOR. Luego su queja...

CES. Es fundada
y á sufrir no me acomodo...

DOCTOR. ¿Y usted, qué sabe?

CES. De todo.

DOCTOR. ¿Y de qué sirve?

CES. De nada.
Fuí en mi pueblo periodista,
médico, juez, zapatero,
encuadernador, barbero,
actor y memorialista.
Pero nada conseguí
ni fruto alguno saqué...
mas que cuando me casé,
pues con diez hijos me ví.

DOCTOR. Merece usted cuerdamente
el bien de la sociedad,
puesto que á la humanidad
ha dado un buen contingente;

y de su estado precario
sacarle procuraré,
si aceptar se digna usté
la plaza de secretario.

CES. Con el alma, ¿quién lo duda?

DOCTOR. Hoy vendrá á la conferencia
que anuncio gran concurrencia,
y necesito su ayuda.

CES. De fijo se hace inmortal
su obra... ¡El arca de Noé!

DOCTOR. Yo á mi patria salvaré
del cataclismo social.

CES. (Ó es un sabio, ó es un loco.
¿Pero qué le hemos de hacer?
Mientras me dé de comer,
lo demás me importa poco.)

DOCTOR. Siéntese, y escriba ahí.
Quiero el índice empezar.

CES. Al punto.
(Se sienta á la mesa y se dispone á escribir.)

DOCTOR. Voy á dictar.
¿Está preparado?

CES. Sí.

ESCENA IV

DICHOS y DOÑA TOMASA

TOMASA. Señor. (Saliendo.)

DOCTOR. ¿Qué hay?

TOMASA. Llegando van
yo no sé qué comisiones.

DOCTOR. Que pasen. Son las regiones
españolas.

TOMASA. Aquí están.

ESCENA V

CORO GENERAL DE CIUDADES, PUEBLOS, un VALENCIANO y CHINCHÓN. Al compás de la música, van entrando por grupos, según los va anunciando doña Tomasa. Una vez todos en escena dicen los pueblecitos.

MÚSICA

NIÑOS. Aquí venimos
los pueblecitos
y las ciudades más pequeñas
que en España hay,
para que observen
cómo se encuentran
los que vivimos alejados
de esta culta capital.

CORO. Aquí venimos
las comisiones
de las provincias españolas
para averiguar,
si es un portento
lo que ha inventado,
ó quiere darnos un camelo
de tamaño colosal.
Tran, tran, etc.

TODOS. Ay, señor Doctor,
díganos usted
dónde se halla el arca
de Noe
Hable por favor,
diga dónde está,
que en ese *baúl mundo*
nos queremos embarcar.
Tarará, tarará,
tarará, tarará.

HABLADO

DOCTOR. Con grata satisfacción,

señores, les agradezco
la visita y les ofrezco
mi sincera protección.
Y pues vienen á buscar
los consejos de la ciencia,
con mi celo y mi esperiencia
su afecto sabré pagar.
Mi corazón se alboroza
al ver aquí lo mejor
de España.

TOMASA. Cá, no señor,
porque falta Zaragoza
que es mi tierra.

DOCTOR. ¿Y no ha venido?

TOMASA. No, y la causa no se sabe;
pero de fijo algo grave
debe haberle sucedido.

CHINC. En cambio aquí está Chinchón
para cumplir su deber,
y si es necesario, hacer
lo que hubiera hecho Aragón.
Soy chico, pero valiente
y sin temor á las penas;
como que tengo en las venas
en vez de sangre, aguardiente.
Y si os queréis enterar,
preguntádselo á Frascuelo;
él que me conoce al pelo
lo puede textificar.

DOCTOR. Mil gracias. En el salón
esperen breves instantes.

VALENC. Es que estamos anhelantes
de oir su peroración.

DOCTOR. Tendré en ello un gran placer
y no he de hacerme esperar.
Pueden ustedes pasar.

(Doña Tomasa les guía y todos se van. Chinchón se dirige al Doctor.)

CHINC. Lo dicho, y hasta más ver. (Vase.)

ESCENA VI

EL DOCTOR, el CESANTE, y á poco el CABALLERO DE INDUSTRIA

DOCTOR. ¿Qué le parece á usté?
CES. ¿Á mí?
Que si todos los que tienen
de qué condolerse vienen,
no van á caber aquí.
Y á este paso, francamente,
preveo un fin desastroso,
pues no se halla un sér dichoso
ni buscado expresamente.
Muy en breve, á no dudar,
al artista, al jornalero,
al rico y al caballero
de industria, verá llegar.
(Sale el Caballero de industria.)

MÚSICA

CAB. Caballero
soy de industria,
y en salones,
reuniones,
en la banca
y alta sociedad,
todo el mundo
se disputa
mi saludo
y mi franca amistad.
Yo los mimo,
los adulo,
y me tienen
por un hombre
de un grandioso
y fuerte capital,
y concluyo
casi siempre

dando un timo
colosal.

DOCTOR y CES. Caballero
es de industria, etc.

CAB. (Embozándose.)
Y al cambiarme de traje
y á la calle salir,
(Se desemboza y aparece vestido de chulo, tira la capa, se quita el sombrero y se pone una gorra.)
soy el *rándara*
de más *salévero*
y el más *gurípara*
que hay en Madrid.

—

Yo soy Paquito el madrileño,
residente en el catorce,
piso bajo
de la calle del Carbón.
Los guardias del desorden público
me buscan y persiguen
con fatigas
porque dicen que yo soy...
(Indica la acción de robar.)
Los relojes los afano
y aberbato los bolsillos,
por los medios más sencillos
de prestidigitación.
Pero á veces
doy con unos caballeros
¡bé!
tan pelambres y groseros
¡sá!
que no tienen los silbantes
tanto así de educación. (Indicando el dinero.)
Y si alguna vez los *guiris*
trabajando me pillasen
y los *dátiles* me echasen,
que es una casualidad,
saco entonces
mi muleta y mi trasteo,
¡bé!
y con gracia y con salero

¡sá!
les convido á cuatro copas
y me marcho sin pagar.
Y ya que han sabido
por mi relación
el nombre que tengo
y mi profesión,
tan sólo les falta
oirme cantar
un tango meloso
que no cabe más.

—

Cuando á mi Lola la bailo
entre mis brazos así. .
¡ay! caballero de mi alma,
no sé lo que pasa allí.
Ella se pone encarnada,
y en sus ojitos se ve
unas *duquitas* de mimo
que no es para visto, señor de Noé.
Pues si á usted le pasara otro tanto,
podríamos apostar
á que el arca que está construyendo
de fijo iba á naufragar.
Se pone mi Lola
tan dulce y melosa,
que me entra una cosa,
y pierdo el compás...

DOCTOR. } Señor don Francisco,
CES. }
no siga usté hablando,
que estamos sudando,
y ya es por demás.

CAB. Entonces, señores,
cambiemos de asunto,
hagamos un punto,
y el cuento acabó.
Y ya que esta historia
la sangre les quema,
volvamos al tema
con que esto empezó.

LOS TRES. Caballero soy de industria, etc.

HABLADO

DOCTOR. ¿Y usted viene á quejarse?
CAB. Precisamente,
pues motivos me sobran.
DOCTOR. No se comprende;
siendo su oficio
como usted mismo dice
tan socorrido.
CAB. Es que ya somos muchos
los industriales,
y pocos los negocios
que ahora se hacen.
¡Bueno está el ramo
con tanto caballero
de contrabando!
En las altas esferas,
muchos se ocultan,
ejerciendo á su sombra
tan noble industria.
Y es... cosa clara,
á nosotros con eso
nos dan la lata
Sin negocios nos dejan,
nos desprestigian,
y aguantamos los golpes
de la justicia;
en tanto que ellos
sin peligros se pasan
la vida al pelo.
Edifican hoteles
muy confortables,
se pasean en coche,
comen en Lhardy,
y van y vienen,
y derrochan y triunfan
y se divierten.
¡Ya ve usted, caballero,
si los motivos
en que fundo mis quejas
son bien justísimos!

¿Tengo ó no tengo
razón para quejarme
de los del gremio?

DOCTOR. Convencido he quedado,
por su discurso,
de que es buena su causa;
pero en el mundo,
no hay pleito malo
si aquel que lo defiende
es buen letrado.
Si á buscar aquí viene
mi fiel consejo,
le suplico me aguarde
sólo un momento.
(Indicándole la puerta del salón.)
Y si le agrada,
posesión tomar puede
de esta su casa.

CAB. Con el alma agradezco
tantas mercedes,
y obligado me dejan
de hoy para siempre.
Que en ocasiones,
á pesar de mi oficio
soy todo un hombre,
y á finura ninguno
puede ganarme
que saque buenas notas
de los exámenes.
Conque, lo dicho:
beso á ustedes las manos,
suyo afectísimo. (Vase.)

ESCENA VII

EL DOCTOR, el CESANTE, y en seguida el BOCERAS y el BORNIS

CES. Es vivo como una ardilla.

DOCTOR. Y en el oficio, muy ducho.

CES. De esto sí que abunda mucho
por la coronada villa.

(Se va á sentar á la mesa.)

BORNIS. ¡Que te calles! (Dentro.)

BOC. (Id.) Que no quiero.

BORNIS. ¡Boceras! (Saliendo.)

BOC. ¡Bornis!

DOCTOR. (Yendo hacia ellos.) ¿Qué pasa?
¿Quién alborota en mi casa?

BOC. ¡Dispense usted, caballero!

CES. Página diez. La amistad. (Escribiendo.)

BOC. Aunque pobres, mayormente
semos á cual más decentes
uno y otro. ¿No es verdad?

BORNIS. ¡Por si acaso!

CES. Al ver su empaque,
su alcurnia salta á la vista.

BORNIS. Si nos va á pasar revista,
nos pondremos el *futraque*.

BOC. ¡Que te calles!

CES. (Levantándose.) ¡Vaya un paso!

BOC. Dispénsele usted, Doctor.
Es más bruto que un dolor
de cabeza.

BORNIS. ¡Por si acaso!

DOCTOR. No tengo que dispensar,
y pueden sin dilación
exponer su protensión.

BOC. *Pus* á mí me toca hablar,
que soy el más *istruído*;
es decir, el más decente;
vamos, l más *dilocuente*.

BORNIS. ¡Por si acaso!

DOCTOR. Convenido.
Pues empiece usted su cuento.

BOC. No es cuento, que es la verdad.
Ya no existe la amistad
debajo del firmamento.

DOCTOR. ¿Cómo es eso?

BOC. Va usté á ver,
y ustedes serán testigos.
Nosotros *semos* amigos
desde *enantes* de nacer,
vamos al decir.

BORNIS. Cabal.
BOC. Juntos los dos nos criamos
y siempre nos estimamos
por *estinto* natural.
Es la verdad lisa y llana.
DOCTOR. ¡Me alegro!
BOC. Desde chiquillos
hacíamos ya novillos
por la tarde y la mañana.
Y la afición, caballeros,
por el toreo fué tal,
que á éste dije muy formal:
¡Tú y yo somos dos toreros!
Y sin otras hipotecas,
así que nos equipamos,
la alternativa tomamos
en la plaza de Vallecas.
Éste mató un becerrillo
y yo puse banderillas;
pero un señor de patillas
me llamó granuja y pillo....
Éste, que á poco se enfada,
le dijo: «Baje usté aquí...»
y por defenderme á mí,
le dieron una pedrada
que á poco le dejan cojo.
CES. Faltó el poco, menos mal.
BOC. De resultas de lo cual
se quedó tuerto de un ojo.
Desde entonces, cosa es clara,
la amistad tanto ha crecido,
que ya me cuesta un sentido.
BORNIS. ¡Y á mí un ojo de la cara!
BOC. En vista de aquel mal paso,
tomó á los cuernos canguelo...
y nos cortamos el pelo
ambos á dos.
BORNIS. (Señalando el ojo sano.) ¡Por si acaso!
BOC. Como íbamos siempre juntos
á todas partes los dos,
al ver á Nicasia, ¡adiós!
ambos quedamos *defuntos*.

Me declaré sin reparo,
y que sí, me respondió...
A éste le dijo que no...
¡Por lo del ojo!

CES. ¡Está claro!

BOC. Éste se daba al demonio
y le daba que sentir,
porque se quería unir
con la chica en matrimonio.
Mas yo, temiendo un fracaso,
sin más ni más me casé,
y de éste me separé
desde entonces.

BORNIS. ¡Por si acaso!

BOC. Mi mujer no le quería
ni en pintura; pero al fin
le llegó su San Martín
y me salí con la mía.
Mi amistad no era camama,
y de lo hecho no me pesa;
yo le dí plato en mi mesa,
yo le dí lecho... en su cama...
¡Y no me causa sonrojo!...
Se portó tan bien el chico,
que á los dos meses y pico
se la olvidó lo del ojo.

CES. ¡Bravo!

BOC. ¡Lo pueden creer!
Y tanta ley le cobró,
que éste lloró más que yo
cuando murió mi mujer.

BORNIS. ¡Fué una desgracia! (Enternecido.)

CES. No dudo...

BOC. Y como suele decirse,
de resultas de morirse
mi mujer, me quedé viudo.

CES. ¡Era lo más natural!

BOC. ¡Cabales, esa es la mía!...
Pero éste desde aquel día ..
¿me ha comprendido?

DOCTOR. No tal,
no señor, no comprendí.

BOC. Pus... que todo acabó, vamos,
y que estamos como estamos
por mor de éste.
BORNIS. Ó mor de tí.
BOC. ¡Adiós, genio!
BORNIS. ¡Adiós, *Tretarca*!
BOC. ¡Mecachis!... (Queriendo sacar la navaja.)
DOCTOR. ¿Vuelta á empezar?
¿Qué vienen aquí á buscar,
vamos á ver?
BOC. ¡Pus... el arca!
¿No es usté el señor Noé?
DOCTOR. Soy el que buscan.
BOC. Corriente.
Pus venimos, mayormente,
á consultar con usté.
Como es de todo capáz,
según el cartel indica,
quiero ver si domestica
á éste y nos pone usté en paz.
DOCTOR. Está bien; entren allí
y esperen sin impaciencia
la hora de conferencia.
BOC. ¿Mas dentro del arca?
DOCTOR. Sí.
BORNIS. ¿Y hay muchas bestias?
CES. Aún no;
pero así que ustedes entren
es fácil que dos se encuentren.
BORNIS. ¡Eso me temía yo!...
BOC. Pasa delante.
BORNIS. ¡No paso!
BOC. ¿Tienes canguis?
BORNIS. Puede ser.
BOC. ¡Piensa que le va á comer
algún *trigue*!... (Vase.)
BORNIS. ¡Por si acaso! (Vase.)
DOCTOR. ¿Qué opina de esto?
CES. ¡Pardiéz!
Que hay un remedio eficáz
para ponerlos en paz.
DOCTOR. ¿Cuál?

CES. Que se case otra vez.
(Se oye dentro el preludio de la jota.)
¡Hola! ¿música tenemos?
Tempranito la han tomado.
DOCTOR. ¿Quién será el afortunado?
CES. Pronto de dudas saldremos.
(Acercándose á la ventana.)

ESCENA VIII

EL DOCTOR y el CESANTE; luégo UN ARAGONÉS y CORO GENERAL DE ARAGONESES

MÚSICA

ARAG. (Dentro.) Si habemos llegado tarde,
te diré lo que ha pasao.
Que el tren se ha descompusido
cerca de Calatorao.
CORO. Jala, jala, jala,
si sales á la ventana
te cantaré la jota
zaragozana.
Jala, jala, jala,
y si no vas á salir,
deja la puerta franca
que voy á subir,
y cuanto más cerquita
mejor se puede oir.
(Entran el Aragonés y Coro general en escena con mucha algazara.)
ARAG. Zaragoza tiene hijos
CORO. Rau, rau, rau.
(Imitando tocar la guitarra y muy fuerte.)
ARAG. Campechanos y leales.
CORO. Rau, rau, rau.
ARAG. Y para un carlista que *haiga*.
CORO. (Muy piano.) Rau, rau, rau.
ARAG. Hay quinientos liberales.
CORO. (Muy fuerte.) Rau, rau, rau.
Jala, jala, jala,

La Virgen del Pilar dice
que á Zaragoza nadie
la contradice,
Jala, jala, jala.
Y bien se puede apostar
que es la ciudad de España
más liberal.
Tiene Zaragoza
un gran corazón,
que ya sabe España
que ese está de non.
Y cuando la llaman
para pelear,
se rompen los *morros*
por la libertad.

HABLADO

ARAG. Conque el canto se ha *acabao*,
y aquí nos tiene usted ya,
que hemos venido de allá
para ver lo que ha *inventao*.
Como el viaje es tan indino,
en vez de venir durmiendo,
me he entretenido leyendo
El Liberal to el camino.
Porque yo lo soy, ¿estamos?
Y estos, y todo Aragón,
y el alma y el corazón
por nuestra causa arriesgamos.
Pues como digo, decía
que leí que en Portugal
anda la cosa muy mal,
por no sé qué fechoría
que los ingleses han hecho
á la vecina nación,
por supuesto sin razón,
y sin pizca de derecho.
Mas si con los lusitanos
Ingalaterra quié guerra,
en contra de *Ingalaterra*

irán todos mis hermanos.
Y no me saquen de tino...
ni me dé el inglés matraca:
porque voy á la Carraca
á buscar al submarino,
y que quieras ó no quieras,
me lo llevo á Portugal;
y en un dos por tres, Peral
le pone á cuarto las peras.
Que á mí en cuanto me provocan,
digo al momento:—¡Aquí estoy —
Y á donde me llaman voy,
y bailo al son que me tocan.
Y basta y sobra de ingleses,
porque me voy á acordar
que tienen á Gibraltar,
habiendo aún aragoneses.

TODOS. ¡Es verdad!

DOCTOR. Vuestro valor
siempre rayó en heroísmo.

ARAG. Y que le rompo el bautismo
al que lo dude, Doctor.

DOCTOR. La hora se aproxima ya
de empezar la conferencia.
Entren, pues.

ARAG. Con su licencia.
Muchachos, vamos allá.
(Vanse todos. La orquesta toca el final de la jota.)

CES. En las luchas y en las fiestas
siempre dispuestos están;
pero á todas partes van
con el guitarrillo á cuestas.
¿No digo bien?

DOCTOR. Sí señor,
mas digresiones dejemos,
y el índice continuemos.
Página veinte. *El amor.*

ESCENA IX

DICHOS; PEPITO y PEPITA entran del brazo.

MÚSICA

PEPITO. Los autores
de mis días
y los que educaron
mi niñéz,
me pronosticaron
que iba á sufrir mucho
por mi exagerada
timidéz.
La verdad
es que me asusto
de una cucaracha,
ó de un ratón,
y al ir á acostarme,
miro á ver si hay alguien
entre las pajitas
del jergón.
Si se diera el caso
de que me mirase
ó de que me hablase
alguna mujer,
tengo la certeza
qu sin remediarlo,
podría jurarlo,
echaba á correr.

PEPITA. ¡Ay! (Hablado.)

PEPITO. (H.) ¡Uy!

PEPITA. ¡Ay, qué bien me encuentro así!

PEPITO. ¡Pepa!

PEPITA. ¿Qué?

PEPITO. Luégo te lo explicaré.

PEPITA. Yo también
de pequeñita
era un modelito
de rubor,
tanto que mi padre

díjole á mi madre:
esta será esposa
del Señor.
Antes todo
me asustaba,
y la *difarans*
de ayer á hoy,
es que si ahora viera
darle á usted un palo,
me quedaba tal
y como estoy.
Hace pocos meses
si alguien me seguía,
lloraba y corría
como un chiquitín;
y ahora me sucede
todo lo contrario,
señor secretario,
con este pillín.

CES. Vaya un par de memos.
Vaya unos tipitos,
¡y cuántos mimitos
que se hacen los dos!

DOCTOR. ¡Vaya un par de niños
más desvergonzados,
y más desahogados
que son los *gachós*!

PEPITO. ¿Me quieres? (Hablado.)

PEPITA. ¡Te adoro! (Id.)

PEPITO. ¿Serás siempre constante
á mi tierno corazón?

PEPITA. ¿Lo dudas?

PEPITO. ¡Bien mío!

PEPITA. Si sabes, Pepe mío,
¡que eres mi única ilusión!

DOCTOR.
CES. } ¡Pon! (Asustándoles.)

HABLADO

PEPITA. Te empeñaste.

PEPITO. ¿Y qué te importa?
Yo le ruego, caballero,
que nos disimule; pero
como Pepita es tan corta,
la natural timidéz
al verle á *ustez*...
DOCTOR. Me hago cargo.
PEPITO. Yo... soy un poco más largo.
CES. Ya se le conoce á *ustez*.
DOCTOR. ¿Y á qué debo la ocasión
de verles en esta casa?
PEPITO. Le diré lo que nos pasa;
présteme *ustez* atención.
De la casa paternal
huímos, y no pensamos
en volver, pues nos amamos
de un modo fenomenal.
¿No es cierto, lucero?
PEPITA. Sí.
Ya lo sabes, ¡vida mía!
PEPITO. ¡Cómo olvidar aquel día,
Pepa, en que te conocí!
Tú en el Imperial estabas
aquella tarde, tomando
chocolate, ó refrescando,
no recuerdo qué tomabas.
Yo pasaba por allí:
entré, y en tí me fijé:
me senté enfrente, llamé,
vino el mozo y le pedí...
Tu mamá estaba á tu lado;
á tu derecha un torero
y á la izquierda el fosforero,
por cierto, un poco alumbrado.
Este cuadro seductor
de amor llenó el alma mía.
Perdone *ustez* mi alegría, (Al Doctor.)
mas son recuerdos de amor
¡Ni diez minutos tardaste
en amarme; yo en quererte
ni dos siquiera, que al verte,
el corazón me robaste!

El fuego de la pasión
sentimos ambos brotar,
aunque por disimular
tú le echástes un terrón
á un perrito que allí había.
Yo al can se lo disputé,
se lo cogí, lo guardé,
y míralo aquí, alma mía.
No creas se me ha olvidado
ni una vez el terroncito
ni el mordisco que el perrito
me largó al verse burlado...
Con extrañable fervor,
siempre aquí guardarle quiero.
Dispense *ustez*, caballero,
mas son recuerdos de amor.

PEPITA. Tampoco á mí se me olvida
aquella tarde dichosa,
y sobre todo, la rosa
de tu *chaquet* desprendida.
Se cayó la hermosa flor
del hojal en donde estaba,
sin duda porque anhelaba
estar en sitio mejor;
y tú lo entendiste así,
porque un beso la imprimiste;
me miraste, sonreiste
y me la echastes á mí.
Mamá entonces se distrajo
y no vió nuestro afán loco.
Tú seguiste poco á poco
con la tostada de abajo.
Y yo, llena de ilusión,
la rosa aquí me prendía,
te miraba, y me bebía
chico en grande de limón.

PEPITO. ¡Cuál mi corazón palpita!
¿Y el tuyo?

PEPITA. También, Pepito.

PEPITO. ¿Sí? Pues muerde el terroncito
con tu preciosa boquita.

PEPITA. ¡Por Dios, no seas simplón!...

PEPITO. ¡Muérdele!
PEPITA. ¡Ni por asomo!
PEPITO. ¡Vamos!
CES. ¿Á que me lo como
para acabar la cuestión?
PEPITO. ¡Muerde con tus dientecitos
el terrón!
PEPITA. ¡Ay, me sofoca!
PEPITO. ¡Quítamelo con tu boca
igual que los palomitos!
Anda, rica, ¿qué te asusta?
¡Desecha vanos temores!...
¡Haz cuenta que estos señores
no están aquí!
DOCTOR. ¡Pues me gusta!
CES. ¡El tímido no se apura!
DOCTOR. ¿Pero á eso han venido aquí?
PEPITA. Pues siempre estamos así.
PEPITO. ¡Nos amamos con locura!
PEPITA. ¡Igual que Laura y Petrarca!
PEPITO. ¡Como Julieta y Romeo!
DOCTOR. Pero, ¿cuál es su deseo?
Acabemos.
PEPITO. Que en el arca
nos encierre.
CES. ¡Friolera!
PEPITO. ¡Si es chica, no haga *ustez* caso!
Mejor. (Mirando á Pepita.)
DOCTOR. ¿Pero creen acaso
que es alguna pajarera?
En aquel salón están
los que á pedirme un consuelo
vinieron. Si ese es su anhelo,
yo satisfaré su afán.
PEPITO. ¡Á eso venimos, Doctor;
háganos esa merced!
¿No es verdad? (Á Pepita.)
PEPITA. Perdone usted
estos recuerdos de amor.
(Al ir á cruzar la puerta, figuran que se asustan de algo que ven en el suelo, y dando un grito, desaparecen.)

ESCENA X

EL DOCTOR y el CESANTE

CES. ¡Si no me río, reviento!
¡Qué tipitos, Dios clemente!...
Como medida prudente,
debiera el Ayuntamiento
á este par de enamorados,
con gran rigor castigar.

DOCTOR. Pues que les manden casar,
y quedan bien castigados.
(Se oyen voces dentro.)

CES. ¿No escucha usted?

DOCTOR. ¡Ese ruído!...

CES. Significa, que la gente
espera á usted impaciente.

DOCTOR. Tienen razón. Lo ofrecido,
cumplir hoy es necesario.
Pase usted. (Indicándole que pase delante.)

CES. ¡Tamaño honor!...
Pase delante el Doctor.

DOCTOR. Pues sígame el secretario. (Vanse.)

CUADRO SEGUNDO

¡LA LUZ!

Salón de conferencias.

ESCENA PRIMERA

PEPITO, PEPITA, el CABALLERO, el BOCERAS, el BORNIS, un ARAGONÉS y CORO GENERAL. Luégo el DOCTOR y el CESANTE

UNOS. ¿Pero vienen, ó no vienen?
OTROS. ¡Que se empiece ya!
TODOS. ¡Sí, sí!
CES. ¡Silencio, que ya está aquí! (Saliendo.)
TODOS. ¡El Doctor!
DOCTOR (Saliendo.) Aquí me tienen.
Ocupar puede su asiento
cada cual sin dilación,
que va a empezar la sesión
en este mismo momento.
ARAG. No hay que arrempujar, porque
le rompo á uno una costilla.
(Disputando con Pepito)
PEPITO. Es que esta silla es mi silla.
ARAG. ¿Cuánto le ha costao á usté?
PEPITA. Siéntate aquí y no hagas caso,
mi bien.

PEPITO. ¡Por tí le perdono,
mi vida!
ARAG. ¡Valiente mono!
BORNIS. ¿Oyes esto? Vaya un paso.
(El doctor impone silencio. Pausa hasta que todos callan.)
DOCTOR. No sé cómo agradecer
que me haváis venido á honrar
en tan modesto lugar;
y para corresponder
á tan finas atenciones,
¡temo que me falten bríos!
(Pequeña pausa.)
¡Amados oyentes míos!
ARAG. Así empiezan los sermones.
DOCTOR. De mi reposo á despecho,
las noches paso velando,
siempre escribiendo y pensando
de vuestra dicha en provecho.
Y tras de mil sinsabores
pude mirar reunidos,
los frutos más escogidos
con las semillas mejores.
Vuestro bien está en mi mano,
leedlo con atención,
que está en él la salvación
de todo el género humano.
(Mostrando un libro.)
ARAG. ¿Y eso es el arca?
DOCTOR. Sí á fe.
ARAG. ¡Pues no me meto en el charco!
¡Yo pensé que era algún barco
como el del *otro* Noé!...
DOCTOR. Aunque su tamaño es ruín,
contiene medios cabales
para curar vuestros males.
BORNIS. Vamos, como un botiquín.
TODOS. ¡Un libro! (Con desencanto.)
DOCTOR. Si de mi ciencia
dudáis en vuestra ignorancia,
yo os probaré su importancia
por medio de una experiencia.

Cada cual sucintamente
exponga sus quejas hoy,
pues á remediarlas voy
todas inmediatamente.

CAB. Entonces voy á decir
dos palabras.

BORNIS ¡No lo paso!

CAB. Antes soy yo.

BORNIS. ¡Por si acaso!

CAB. ¿Y quién me lo va á impedir?

PEPITO. Yo hablaré, y en un minuto
termino.

ARAG. ¡No, á mí me toca!

PEPITO. ¡Nunca!

ARAG. O te callas la boca,
ó te hincho los morros.

PEPITO. ¡Bruto!

PEPITA. Yo debo ser la primera.

BORNIS. ¡Yo primero!

CAB. ¡Yo!

PEPITO. ¡Protesto!

UNOS. ¡A callar!

DOCTOR. ¿Pero qué es esto?

UNOS. ¡Que hable!

OTROS. ¡Que no!

TODOS. ¡Fuera! ¡Fuera!

DOCTOR. ¡Orden! ¡Orden! Tal burdel
de discordia y confusión,
es una reproducción
de la Torre de Babel.
Lo que á uno agrada á otro ofende;
nadie quiere ser segundo,
y lo mismo que en el mundo,
aquí ninguno se entiende.
Si á esas rencillas fatales
sucumbir no pretendéis,
es preciso que apliquéis
el remedio á tantos males.
Demostrároslo pretendo
descubriendo el porvenir,
y os lo voy á describir
cual si lo estuviérais viendo.

(La orquesta empieza á tocar piano. El fondo se descubre, y en él se va viendo todo lo que el Doctor va diciendo en el parlamento que sigue. Todos le escuchan como extasiados,)

Figuráos el mundo una campiña
pintoresca, feraz, llena de trigos
por la mano del hombre allí sembrados,
por la naturaleza enaltecidos.
(Aparece la campiña.)
Las doradas espigas en los tallos
inclinan su cabeza al cefirillo
que se desliza juguetón entre ellas:
los pájaros entonan dulces trinos,
y todo es luz y vida y alegría,
y es la vega un vergel, un Paraíso.
Pero de pronto, el cielo se obscurece,
del vendabal se escuchan los bramidos,
el relámpago brilla, zumba el trueno,
y todo cambia en el instante mismo.
Las mieses que orgullosas se ostentaban,
al ímpetu crüel y embravecido
del huracán, se doblan hasta el suelo,
esparciendo sus granos infinitos.
La tempestad estalla, el agua arrecia,
rompen su cáuce los revueltos ríos,
y la vega se inunda y queda todo
bajo las turbias aguas sumergido.
Todo lo arrastra su corriente indómita;
de lo que fué no queda ni un vestigio.
Tal fué el diluvio que irritado el cielo
á la tierra mandó como castigo.
(Las aguas cubren todo el fondo.)

ARAG. ¡Si parece que lo estamos viendo todo!
PEPITO ¡Qué bien lo explica!
TODOS. Cierto.
DOCTOR. De mi libro
la síntesis es esa y ese el tema.
Si todos dominar no conseguimos
nuestras pasiones, é imponer pretende
cada cual su opinión, el cataclismo,
el diluvio social es inminente.
Pero si todos con ardor y brío

á un solo fin dispuestos caminamos,
siempre teniendo en él los ojos fijos,
aunque las aguas arrollarnos quieran,
dentro del arca y todos bien unidos,
como Noé, veremos poco á poco
las aguas descender, dejar los riscos,
bajar á la campiña que inundaron
y huir en tumultuoso torbellino
á esconder en los mares su vergüenza
para encerrarse allí siglos y siglos.
¡Entre tanto arrasado queda todo!
desgajados los árboles, los trigos
en el suelo tronchados y sin grano,
el terreno en pantanos convertido.
(Después de bajar las aguas se ve el campo devastado.)
Pero aparece luégo el arco iris;
brilla de nuevo el refulgente disco,
y á florecer el campo torna ufano
y vuelven á cantar los pajarillos
ensalzando con himnos de alegría
del sublime Arquitecto el poderío.
La paloma en el arca con la oliva,
de paz y de concordia hermoso signo,
hasta nosotros llega. Seamos unos,
y el ideal que todos perseguimos
para ventura de la grey humana,
habremos como hermanos conseguido.
(Aparece el Arca con la paloma y sobre ella el arco iris.)

ARAG. ¡Esto es ciencia!
UNOS. ¡Y talento!
PEPITO. ¡Viva el sabio!
TODOS. ¡Viva!
DOCTOR. (Al Cesante.)
¿Lo ves? El triunfo es completísimo.

MÚSICA

TODOS. (Al público.)

La Revista se ha acabado,
y esperamos impacientes
de tu noble y franca
lealtad,
si la obra te ha gustado
nos otorgues un aplauso
de verdad.
Y si fuera lo contrario,
los autores nos suplican
que á su ruego unas
tu perdón:
siendo siempre respetuosos
á tu determinación. (Telón rápido.)

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.